

## Las actitudes ante la muerte y los remedios contra la peste

En el capítulo dedicado a la cronología de las pestes ya se ha comentado que estas epidemias fueron consideradas en la mayoría de ocasiones como un efecto de la cólera divina, y desde los libros sagrados bíblicos hasta los autores griegos como Ovidio, Virgilio, Tucídides o Dionisio de Halicarnaso, se siente una impotencia absoluta a la hora de remediar la devastación y se encomendaban a su Dios para rogar por el cese del castigo. Cuando el cristianismo se extendió por todo el continente europeo se mantuvo la misma idea que Dios era el origen de todas las calamidades, lo cual podía leerse en San Cipriano (s. II-II dC.), en los autores del siglo V dC. como Procopio de Cesarea, Gregorio de Tours, San Gregorio Magno, o más tarde en San Isidoro de Sevilla. A partir de este momento nadie dudó que Dios castigaba con dureza las malas acciones del hombre y sólo el arrepentimiento y los ruegos possibilitaban el cese de la enfermedad.

Con anterioridad al siglo XII no había juicios ni condenas sobre aquellos que morían, como correspondía a la mentalidad de los primeros siglos del cristianismo. Los muertos que pertenecían a la Iglesia<sup>1</sup> y le habían confiado sus cuerpos, se dormían y descansaban hasta el día del segundo advenimiento de Cristo, el gran retorno, cuando despertarían en el Paraíso. A partir de ese siglo la escena cambió radicalmente, pues en la resurrección de los muertos ya aparecieron separados los justos y los condenados, y en el Juicio resultaba fundamental la figura del Arcángel San Miguel, el encargado de pesar las almas y decidir su destino.

En el siglo XIII, la inspiración apocalíptica y la evocación al gran retorno prácticamente desapareció y se impuso la idea del Juicio, un Tribunal de justicia en el que Cristo estaba sentado sobre el trono del juez, rodeado por sus apóstoles, y mientras se procedía al pesaje de las almas, la Virgen María y San Juan intercedían por ellas. Se juzgaba a cada hombre según el balance de su vida; las buenas acciones eran separadas de las malas acciones y puestas escrupulosamente en los dos platillos de la balanza.

El miedo convertía el *memento mori*, el momento de morir, en una verdadera obsesión. Se temía la muerte súbita, el enterramiento, el Juicio Final o el destino del muerto<sup>2</sup>. Según la profesora de Historia Ana Arranz Guzmán, este miedo permitió la continuidad de los comportamientos de carácter supersticioso, la propensión a la desmesura, la veneración exagerada, la confusión entre los poderes de Dios y el demonio o el empleo de oraciones y procedimientos mágicos, revelador del florecimiento de una antigua religiosidad pagana bajo un recubrimiento cristiano a menudo superficial.

El pueblo iletrado, aún consciente de que estas costumbres eran contrarias a la doctrina de la salvación cristiana y que los poderes eclesiásticos y civiles las tachaban de paganas o heterodoxas, continuaba practicándolas buscando un consuelo en su mentalidad atávica, donde la consolación cristiana dejaba paso a lo espontáneo, al dolor

---

<sup>1</sup> Según el historiador francés Philippe Ariès, durante la Edad Media, y aún más tarde, en los siglos XVI y XVII, no importaba demasiado la destinación exacta de los huesos, siempre que quedaran cerca de los Santos, y en la Iglesia, próximos al altar de la Virgen o del Santo Sacramento.

<sup>2</sup> El pavor a la muerte hacía que en los testamentos se encargaran misas *post mortem*, a veces en cantidades absolutamente desmedidas, teóricamente necesarias para que el alma pudiera salir finalmente del más que previsible Purgatorio y subiera al cielo. El rey Felipe II mandó en su testamento que se dijeran 30.000 misas por su alma, al igual que su hijo Felipe III, al que algunas fuentes atribuyen 40.000. Los nobles y poderosos también usaron de esta costumbre, con iguales o superiores excesos: Carlos Strata, un rico genovés, ordenó que se dijeran por su alma 75.000 misas y don García Barrionuevo de Peralta, caballero de la Orden de Santiago, dejó pagadas en su testamento 340.000 misas.

y a las manifestaciones más ingenuas.

Jacques Le Goff, el gran estudioso francés de la Edad Media, afirmaba que a principios del siglo XIV empezó a tomar consistencia la teología del “tercer lugar”, que se traducía tanto en una consolidación de la idea del purgatorio como en una supervaloración del juicio individual en el marco de una sociedad en la que cada individuo iba tomando conciencia de su propio destino. La gran catástrofe de la peste del siglo XIV actuó como fuerza multiplicadora de un proceso que venía madurando desde tiempo atrás.

Desde mediados del siglo XIV, y durante todo el siglo XV, tuvieron gran éxito los géneros literarios y pictóricos de los *Ars Moriendi* y las Danzas de la Muerte o Danzas macabras, que en muchos casos fueron producto de una larga gestación. Se trataba de buscar un modelo de la muerte cristiana que diferenciara la “muerte primera” o corporal y la “muerte segunda” o espiritual, siendo ésta la más terrible, pues era fruto del pecado y se castigaba con la condena eterna. Para aquel que hubiera seguido los dictados de la Iglesia, la muerte física sólo significaba el fin de una peregrinación y el ingreso en la gloria, por toda la eternidad.